



La maldición de Hill House

SHIRLEY JACKSON

La escritora Shirley Jackson (1916-1965) publicó su primera novela *The Road Through the Wall* en 1948, a la que siguieron *Hangsaman* (1951), *The Bird's Nest* (1954), *The Sundial* (1958) y *We Have Always Lived in the Castle* (1962), que obtuvo una valiosa publicidad extraliteraria cuando al marido de Shirley Jackson se le ocurrió hacer público, en las páginas de un conocido rotativo, que su autora había practicado la brujería, cosa que ésta negó rápidamente. No obstante, después de su muerte, se supo que semejante desmentido sólo trataba de evitar el rechazo de la opinión pública hacia su persona. Según explicó su hijo, Laurence Hyman, su madre poseía un tablero Ouija y cartas del tarot y sabía perfectamente cómo utilizarlos, además de unos quinientos libros sobre ocultismo.

La maldición de Hill House (*The Haunting of Hill House*, 1959), considerada una de las principales novelas de horror del siglo XX, narra el inquietante experimento de John Montague, doctor en Filosofía y antropólogo, que lleva años entregado al estudio de «las perturbaciones psíquicas» que suelen manifestarse en las «casas encantadas». Infructuosamente ha buscado una casa idónea, cuando un día oye hablar de Hill House, una mansión solitaria y de siniestra reputación. Montague decide alquilarla y busca ayudantes dispuestos a pasar una temporada en ella: Eleanor, una mujer desdichada que, tras once años cuidando a su arisca madre inválida, se ha vuelto una persona solitaria; Theodora, joven alegre y curiosa, seleccionada por su increíble capacidad telepática; y Luke, vividor y mentiroso, incluido en el grupo por exigencia de la propietaria, su tía. El objetivo: tomar notas de cualquier fenómeno paranormal que se presente para documentar el libro sobre casas encantadas que prepara el doctor. Las alucinantes experien-

cias que vivirán en la casa será mejor que el lector las descubra por sí mismo.

Índice de contenido

Introducción

1

2

3

4

5

Capítulo 1

1

2

3

4

5

Capítulo 2

1

2

Capítulo 3

1

2

3

4

5

Capítulo 4

1

2

3

4

5

6

Capítulo 5

1

2

3

4

Capítulo 6

1

2

3

Capítulo 7

1

2

3

4

Capítulo 8

1

2

3

4

5

6

7

8

Capítulo 9

1

2

3

4

Sobre la autora

INTRODUCCIÓN

SHIRLEY JACKSON: LA REINA OSCURA DE HILL HOUSE

Antonio José Navarro

Nadie vive cerca de esta casa; nadie quiere vivir cerca de aquí. De modo que nadie los oír si gritan. En la noche. En la oscuridad...

Nelson Gidding

1

En 1959, la editorial neoyorquina Viking Press publicaba la novela *La maldición de Hill House* (*The Haunting of Hill House*), considerada actualmente por diversos eruditos como una de las más brillantes novelas fantásticas del siglo XX. Su autora, la escritora estadounidense Shirley Jackson, era conocida hasta ese momento por sus libros para niños, como *The Witchcraft of Salem Village* (1956), y por una obra teatral basada en el clásico *Hansel y Gretel* titulada *The Bad Children* (1958). Asimismo, eran muy populares sus antologías de relatos breves, *Life Among the Savages*:

(1953) y *Raising Demons* (1957), en los que la autora hablaba de su vida familiar y de su experiencia como madre a la hora de criar a cuatro hijos (Laurence, Joanne, Sarah y Barry). De hecho, más allá de lo puramente autobiográfico, Jackson trataba con notable dignidad creativa un género muy frecuentado entre las amas de casa americanas de los años 50 con veleidades literarias, la llamada *Fiction of Domestic Chaos*.

No obstante, la fama de Shirley Jackson eclosionaría a raíz del éxito de crítica y público cosechado por *La maldición de Hill House*, éxito que favoreció su redescubrimiento como una de las autoras de ficción terrorífica más sobresalientes de su generación. Así pues, los lectores pudieron recuperar *The Lottery and Other Stories* (1949)^[1], antología de cuentos extraños y turbadores sobre el lado oscuro de la naturaleza humana; relatos de locura, muerte y horror que, por sí solos, cada uno de ellos, constituyen un prodigio de estilo. La calculada acumulación de matices siniestros, de atroces sugerencias, crea un denso clima de inquietud, de angustiosa expectación, que estalla en una terrible conclusión nada gratuita: las claves para captarla están ahí, mientras intentamos digerir nuestro mudo desasosiego. Stephen King, uno de los más rendidos admiradores de Shirley Jackson —jamás ha negado la poderosa influencia que *La maldición de Hill House* ha tenido sobre *El resplandor* (*The Shining*, 1977)—, escribió: «El cine y la literatura de horror son una invitación a dejarse llevar simbólicamente por una conducta desviada y antisocial, a cometer actos de violencia gratuita, a consentir nuestras pueriles fantasías de poder, a entregarnos a nuestros miedos más cobardes. Quizá, más que otra cosa, la novela o película de horror nos dice que está bien unirse a la masa, convertirse en un ser completamente tribal, destruir al forastero. Nunca se ha expresado mejor de un modo literario que en el cuento corto de Shirley Jackson “La lotería”, en el que incluso el concepto de forastero es simbólico, nada más que un círculo negro en

una hoja de papel^[2]». Por otro lado, el escritor, ensayista y editor Jack Sullivan, en su antológica *The Penguin Encyclopedia of Horror and the Supernatural* (Random House Value, Nueva York, 1989), advertía lo siguiente: «Lo sobrenatural en la obra de Shirley Jackson se halla en un rincón oscuro, al fondo de una habitación vacía, donde las solitarias protagonistas de la autora, generalmente mujeres, se hallan a sí mismas en medio del horror...».

2

A primera vista, *La maldición de Hill House* ilustra las aventuras de un equipo de investigadores de la Society for Psychological Research, fundada en 1882 para estudiar toda clase de fenómenos paranormales. Cuatro «cazafantasmas» se reúnen en una casa de mala reputación; un lugar *diabólico* y *enfermo*, como detalla el primer e inolvidable párrafo de la novela, que nos sitúa ya en una dimensión de lo tenebroso nada habitual: «Ningún organismo vivo puede mantenerse cuerdo durante mucho tiempo en unas condiciones de realidad absoluta; incluso las alondras y las chicharras, suponen algunos, sueñan. Hill House, nada cuerda, se alzaba en soledad frente a las colinas, acumulando oscuridad en su interior; llevaba así ochenta años y así podría haber seguido otros ochenta años más. En su interior, las paredes mantenían su verticalidad, los ladrillos se entrelazaban limpiamente, los suelos aguantaban firmes y las puertas permanecían cuidadosamente cerradas; el silencio empujaba incansable contra la madera y la piedra de Hill House, y lo que fuera que caminase allí dentro, caminaba solo». Liderados por el Dr. Montague —un doctor en filosofía cuya verdade-

ra vocación es el análisis de manifestaciones sobrenaturales —, Eleanor, Theo —dos mujeres dotadas de poderes psíquicos— y Luke —heredero legítimo de la propiedad—, se adentran en Hill House sin saber que la casa va a poner a prueba sus habilidades intelectuales, su entereza espiritual, su férreo escepticismo. Hill House es, a pesar de las apariencias, un lugar infinitamente antiguo e infinitamente horrible, salpicado de lóbregas estancias que parecen mazmorras, en cuyos altos techos los ojos sólo alcanzan a ver telarañas y sombras, donde columnas de frío espectral tiñen el aire de funestos presagios, donde el silencio es un pavoroso grito de espanto... Y en medio de todo, la certeza de una vida misteriosa y sobrehumana espantosamente adherida a cada una de las vigas y piedras de la mansión. Como explica el Dr. Montague: «Ciertamente (...) no sería demasiado fantasioso afirmar que algunas casas son malas de nacimiento. Hill House, sea cual sea la causa, ha resultado ser inapropiada para la habitación humana durante los últimos veinte años. Cómo era antes, si su personalidad quedó moldeada por la gente que vivió aquí o las cosas que hicieron, o si fue malvada desde el primer momento, son preguntas que no puedo responder. Naturalmente, espero que todos acabemos sabiendo mucho más sobre Hill House antes de marcharnos. Hill House es una casa... perturbada, quizá. Leprosa. Enferma. Cualquiera de los eufemismos populares para la locura; una casa trastornada es una bonita alusión».

Sin embargo, y aunque parezca un contrasentido, *La maldición de Hill House* no es una obra de terror al uso, ni una *ghost story* convencional. El lector que espere encontrar tétricos fantasmas quedará defraudado; quien busque emociones fuertes se sentirá engañado: la novela es mucho más psicológica que fantástica, si bien como apunta Stephen King, su autora «utiliza las convenciones del nuevo gótico americano para examinar una personalidad sometida a una presión psicológica extrema^[3]». Narrada en terce-

ra persona y estructurada mediante sobrecogedores monólogos interiores, el horror, lo fantástico, nos viene dado a través de la visión subjetiva de los personajes, de su contacto con la parte más oscura de ellos mismos; esto es lo que, probablemente, se proyecta en las desoladas y amenazadoras estancias de Hill House.

Entonces, ¿existe lo sobrenatural en *La maldición de Hill House*? Es probable que sí, pero su amenaza no se esconde tras los ruidos en la noche, en los espacios gélidos y en los susurros ininteligibles que flotan entre las paredes del gigantesco edificio. Lo más perturbador de *La maldición de Hill House* se agazapa en la hipersensibilidad del personaje Eleanor, quien sin ser parapsicóloga o una ferviente aficionada a lo oculto, capta la imperceptible perversidad de la casa: «La casa era vil. Me estremecía, y los pensamientos, las palabras llegaban libres a mi mente; Hill House era vil, estaba enferma; quiero marcharme de aquí de una vez (...)». Pero entre ambos, mujer y caserón, existe una retorcida relación de amor y odio —en uno de los muros aparece escrito «Socorro, Eleanor, vuelve a casa...»—; por consiguiente, el poseído espíritu Eleanor acabará vagando entre las piedras de Hill House...

3

La inspiración de escribir una historia de fantasmas le asaltó a Shirley Jackson mientras leía un libro sobre investigadores psíquicos del siglo XIX que habían alquilado una casa para investigarla. «Pensaba que estaban siendo enormemente científicos y demostrando todo tipo de cosas —comentaba la escritora—, y sin embargo la historia que podía leerse

entre las líneas de sus áridos informes no es ni mucho menos la historia de una casa encantada, sino la historia de varias personas fervorosas, a mi juicio equivocadas, y ciertamente decididas, con sus diferentes motivaciones y pasados». Poco después la escritora vio, durante un viaje a Nueva York, cerca de la estación de metro de la calle 125, una casa de aspecto grotesco y maligno que le causó una honda impresión. Tanto que, según confesó más tarde, le provocó incluso pesadillas... Tras recopilar durante meses información sobre otras casas «malditas» —fotos, recortes de periódico, etc.—, halló el escenario perfecto para su novela. Se trataba de un gran edificio de estilo eduardiano, ubicado en el norte de California, y pronto Jackson requirió la ayuda de su madre, quien vivía en San Francisco, para indagar en torno a tan estremecedora construcción. «Tenía tal aire de descomposición, de enfermedad, que si alguna casa era candidata a albergar fantasmas, sin duda era ésta», comentó. Curiosamente, sus expectativas se vieron ampliamente superadas. Su madre no sólo estaba familiarizada con la casa, sino que le suministró una inquietante información: la había construido el bisabuelo de la propia escritora (¡!)[4].

Por otra parte, *La maldición de Hill House*, al igual que una de sus más dignas y atractivas imitadoras literarias, *La casa infernal* (*Hell House*, 1971), de Richard Matheson, se inspiró, en mayor o menor medida, en un auténtico edificio maldito, el Winchester Mystery House, sito en el número 525 de South Winchester Blvd., en la ciudad de San José, la tercera urbe más poblada del Estado de California. Fue construida por Sarah L. Winchester (1839-1922), viuda del magnate de las armas William Wirt Winchester —inventor del famoso rifle de repetición que convulsionó el Oeste—, una mujer de personalidad depresiva y vivamente interesada por el espiritismo, que tras la muerte de su marido empezó a creer que la mansión estaba maldita por las miles de víctimas de las armas que cimentaron su inmensa fortuna.

Aconsejada por un médium, en 1884, se trasladó a la Costa Oeste y compró la granja del Dr. Robert Caldwell, de unos 170 acres (1 km²) de superficie. Allí empezó la construcción de un caserón de formas laberínticas y fantásticas: repleto de puertas falsas que no conducen a ningún sitio o tan sólo pueden abrirse desde un lado...; un tramo de escaleras desemboca a otro tramo, que a su vez conduce al mismo piso, mientras que otra escalera tiene 44 escalones y da la vuelta a 7 esquinas, pero apenas se eleva dos metros y medio del suelo (j). También hay escaleras que no llevan a ninguna parte y buhardillas de dimensiones distorsionadas; únicamente hay dos en toda la casa, cuyas luces están dispuestas de modo que nadie proyecte su sombra. Por otra parte, Sarah estaba obsesionada con el número trece, el de la mala suerte, quizá con el objeto de exorcizar cualquier infortunio: casi todas las ventanas contienen trece paneles de cristal, el invernadero está coronado por trece cúpulas, los suelos de madera están formados por trece secciones y algunas habitaciones tienen 13 ventanas...

La casa estuvo en perpetua construcción, sin interrupciones, durante treinta y siete años, hasta la muerte de su propietaria, y su coste actualizado sería de setenta millones de dólares. Según sus allegados, Sarah Winchester pretendía refugiarse en la mansión para evitar la venganza de los espectros. Estaba prohibido incluso hacerle fotos con el fin de impedir que los fantasmas averiguaran qué aspecto tenía (¡¡!!), aunque todavía se conservan dos instantáneas de ella, ya anciana. Cuando falleció, la casa tenía 2,5 hectáreas de superficie, ciento sesenta habitaciones, tres ascensores, seis cocinas, cuatrocientas setenta y seis puertas, diez mil ventanas, cuarenta y siete chimeneas, cuarenta escaleras, cincuenta tragaluces, seis cajas fuertes y un solo baño en una de sus siete plantas... Pero ¿está encantada Winchester Mystery House? Sin duda: a lo largo de su dilatada edificación, las historias de fenómenos extraños y visiones fantasmales se cuentan por docenas, y varios equipos científi-

cos que han investigado en ella han constatado una actividad paranormal inusitada, con psicofonías y apariciones. Declarada por el Estado de California como Lugar de Especial Relevancia Histórica, hoy en día puede visitarse como atracción turística.

4

Fiel a la esencia de la novela de Shirley Jackson, el cineasta estadounidense Robert Wise (1914-2005), conocido por su versatilidad artística —cf. *Ultimátum a la tierra* (*The Day the Earth Stood Still*, 1951), *Marcado por el odio* (*Somebody Up There Likes Me*, 1956) y *Sonrisas y lágrimas* (*The Sound of Music*, 1965)—, produjo y dirigió en 1963 una notable adaptación fílmica titulada *The Haunting*. Es posible que numerosos aficionados al género, tanto en su vertiente literaria como cinematográfica, no conozcan esta extraordinaria película, pues se estrenó en los cines españoles, si bien hace años fue objeto de diversos pases televisivos bajo el título de *La casa encantada* y, recientemente, ha sido editada en DVD por Warner Bros. Protagonizada por Richard Johnson (Dr. Marway), Julie Harris (Eleanor), Claire Bloom (Theo) y Russ Tamblyn (Luke), *The Haunting* no sólo se beneficia de un magnífico elenco, muy ajustado al perfil dramático de cada personaje, sino que debe también una parte muy importante de su entidad artística a la pictórica fotografía en B/N y Panavisión de Davis Boulton, y al corpóreo diseño de producción a cargo de Elliot Scott. Junto a tan distinguidos colaboradores, Wise tuvo el suficiente talento para transformar las angustiosas emociones que sentimos ante las carencias de la razón frente a lo sobrenatural

en imágenes, bien a través de un encuadre o de un leve movimiento de cámara. La puesta en escena de *The Haunting* sabe despertar en nosotros la sorda inquietud que provoca aquella Maldad que supera el espíritu humano. Resultan inolvidables, pues, los instantes en que, al igual que en la novela, los «fantasmas» íntimos de cada personaje se materializan, por decirlo de alguna forma, en los sucesos sobrenaturales de Hill House: los estremecedores golpes que resuenan en los muros de la mansión y que le recuerdan a Eleonor los dados por su madre enferma en la pared con el propósito de llamarla...; la mano invisible que aprieta la suya en la oscuridad pensando que es la de Theo...; la puerta de la habitación que *respira*... De ahí que, todavía hoy, *The Haunting* sea considerada por numerosos críticos y especialistas como una de las mejores películas de «casas encantadas» de la historia del cine.

Años después, en 1999, el realizador de origen holandés Jan De Bont firmó una nueva adaptación cinematográfica del célebre texto de Shirley Jackson, *La guarida* (*The Haunting*), con resultados artísticos nefastos. Todos los elementos de la producción —la magnífica dirección artística de Eugenio Zanetti, la inspirada fotografía de Karl Walter Lindenlaub— están al servicio del más deplorable artificio. La sutileza y la elegancia de lo sugerido, de lo intuido, dan paso a la grosería de lo mostrado en primer plano, del montaje múltiple desde varios ángulos de cámara. Con todo, fue un relativo éxito comercial, recaudando 91 millones de dólares en Estados Unidos, más 177 en todo el mundo^[5].

Shirley Jackson nació en San Francisco el 14 de diciembre de 1916, en el seno de una familia de clase media formada por Leslie y Geraldine Jackson. Hacia 1932 la familia Jackson se mudó a Rochester, Nueva York. Shirley se graduó en 1934 en la Brighton High School y, acto seguido, tras un breve paso por la University of Rochester, se matriculó en la Syracuse University, donde publicó su primer cuento, titulado «Janice» (1938), además de participar en toda clase de actividades estudiantiles, desde producciones teatrales a revistas *amateurs*. Allí conoció a su futuro marido, Stanley Edgar Hyman, quien llegaría a ser un notable crítico literario. Tras finalizar sus estudios en 1940, Jackson empezó a escribir en publicaciones como *Collier's*, *Good Housekeeping*, *Harper's*, *Mademoiselle*, *The New Republic*, *The New Yorker*, *Woman's Day* o *Woman's Home Companion*.

Su primera novela fue *The Road Through the Wall* (1948), a la que siguieron *Hangsaman* (1951), *The Bird's Nest* (1954), *The Sundial* (1958) y *We Have Always Lived in the Castle* (1962), que obtuvo una valiosa publicidad extraliteraria cuando al mismísimo marido de Shirley Jackson se le ocurrió hacer público, en las páginas de un conocido rotativo, que su autora había practicado la brujería, cosa que ésta negó rápidamente. No obstante, después de su muerte, se supo que semejante desmentido era una pura pose, a fin de evitar el rechazo de la opinión pública hacia su persona. Según explicó su hijo, Laurence Hyman, su madre poseía un tablero Ouija y cartas del Tarot y sabía perfectamente cómo utilizarlos, además de unos quinientos libros sobre ocultismo. «Mi madre, de hecho, era un poco bruja, pues vi cómo utilizaba sus poderes para asuntos domésticos y para protegernos a todos. Una vez desatascó un fregadero mediante una sencilla invocación. También detectaba la personalidad oculta de animales y objetos inanimados, como coches y casas», confiesa. Incluso uno de los amigos personales de su madre, el crítico Bernard Gill, le comentó que creía que ella murió por culpa de una maldición. Ocurrió el